

Y EN LA TIERRA PAZ

El nacimiento del Mesías es el signo más claro del deseo de Dios de reconciliarse con el hombre. El Niño, que reposa en brazos de María y de José, expresa la voluntad firme de Dios de no dejarse vencer por nuestro rechazo, sino acercarse a nosotros, para hacernos partícipes de su paz. Con razón en la noche de Navidad los ángeles cantaron la paz que trajo el Niño de Belén. Su nacimiento, en verdad, da gloria a Dios y trae a toda la tierra la noticia excepcional de que todos los hombres son amados por Él (cf. Lc 2, 14).

Este mensaje de Dios suena como un desafío al mundo que nos rodea, en el que se respira, con demasiada frecuencia, un clima de agresividad, violencia y tensión. Lo palpamos cada día en la calle, en los medios de comunicación e incluso en nuestras propias familias. Por eso, hoy más que nunca, es preciso hacer Navidad, recordarnos unos a otros que el camino para construir la humanidad pasa por Belén, por el amor, la sencillez y el perdón. No hay verdadera Navidad si no somos capaces de dejar atrás rencores y odios y si no hacemos sentir a los demás que les queremos, aunque no pensemos de la misma manera que ellos.

Mayor es el reto de Dios cuando miramos al mundo entero, en el que crecen continuamente los conflictos, la violencia, la opresión y la persecución. Son muchos los frentes abiertos en nuestro planeta, pero este año el Papa Francisco nos ha invitado a fijarnos en los 250 millones de migrantes y los 22 millones y medio de refugiados. Son cifras que asustan, sobre todo si pensamos que detrás de cada número hay una persona que se ha visto forzada a huir de su hogar buscando un lugar donde vivir en paz en este mundo. Huyen de la guerra y el hambre, de la persecución, la discriminación y la pobreza. El mismo Papa sugiere con cuatro verbos las acciones que podemos realizar: acoger, proteger, promover e integrar.

Hay muchas maneras de vivir la Navidad. Algunos se quedan en lo más superficial: las comidas y regalos, el espumillón y el champán. Otros da un paso más allá y viven la Navidad principalmente como fiesta de familia y de amistad, como tiempo en el que expresamos buenos deseos para todos. Todo esto es bueno, pero los cristianos no podemos quedarnos ahí. Debemos dar un paso más para descubrir en el rostro del emigrante, del refugiado o del marginado, al mismo Cristo que hace dos mil años vino a nacer en Belén. Sí, Cristo sigue naciendo en este mundo, sigue viniendo a nosotros. Si somos capaces de reconocerle y tratarle como a hermano nuestro, podremos decir que en verdad es Navidad.

Os deseo que viváis la Navidad en profundidad y que seáis muy felices.

+ Francesc, bisbe de Menorca